

crítica de exposición

■ *Oscar Niemeyer. Del 17 septiembre al 10 enero de 2010. Fundación Telefónica, C/ Gran Vía, 28. Madrid.*

Cristina Navajas Jaén
Investigadora vinculada a la UMA

Comisariada por Lauro Cavalcanti, la muestra *Oscar Niemeyer* llega a Madrid gracias a la Fundación Telefónica, en cuyo emblemático edificio de 1929 podremos disfrutarla hasta el 10 de enero. Se trata de una exposición itinerante originalmente ideada con motivo del centésimo aniversario del artista en 2008. Celebramos así la trayectoria de este arquitecto brasileño que activo a los ciento dos años sigue siendo capaz a su lúcida vejez de emocionarnos con cada trazo marcado, según él de manera automática por su intelecto, y que no es otra cosa que el fiel reflejo de una vida llena de pros y contras que ahora recuerda con ternura.

Comenzaremos el recorrido por la muestra, estableciendo una interesante conexión entre nuestro itinerario, y la metodología de trabajo de Niemeyer, arquitecto que emprendió su carrera bajo los postulados racionalistas para finalmente renovar el lenguaje del Movimiento Moderno a partir de su aportación fielmente organicista.

Si bien el artista necesita redactar un texto explicativo cuando determina una solución para su arquitectura, nosotros haremos lo propio con la exposición, que se encuentra dividida en varias secciones en las que cada temática se acompaña de una variedad de elementos explicativos de apoyo, como pueden ser maquetas, dibujos, croquis... y por qué no, pantallas de plasma donde poder adentrarnos con los cinco sentidos en el universo de Niemeyer.

Son varios los módulos temáticos tratados en la exhibición, tales como "Conversación de arquitecto", "Proyectos recientes"... y cada uno de ellos refleja muy correctamente todo lo que tiene que decir de manera individual. Pero lo sorprendente es cómo cada módulo interactúa a su vez desde su propia especificidad con la multiplicidad creada por los demás módulos de la exposición.

Una vez entendido esto, podemos comenzar explicando cómo en la sala dedicada a la "Conversación de arquitecto", uno puede llegar y sentarse en el banco que hay habilitado en el centro del habitáculo, en cuyas paredes poder leer relajadamente párrafos y párrafos postulados por el artista, de modo que una vez finalizada la lectura obtendremos un primer pasaje para llegar a comprender la muestra al completo.

Es ahora cuando nos adentramos íntegramente en el recorrido retrospectivo y cronológico de las obras del autor, desde 1936 hasta la actualidad. Dentro de ese recorrido, que será el eje vertebrador de la muestra, se irán adicionando diferentes



crítica de exposición

módulos donde se amplían informaciones más concretas acerca de su trayectoria personal y artística.

En paro tras finalizar sus estudios superiores, Niemeyer prefirió trabajar gratis en el estudio de Lucio Costa, en el momento en que una generación entera de artistas brasileños luchaban contra lo vernáculo para imponer la modernidad. Pero no fue hasta 1936, período del Ministro Capanema, cuando Niemeyer comenzó a mostrar al mundo entero lo que era capaz de hacer, con la construcción del Ministerio de Educación y Salud en São Paulo, proyecto que convenció más que el del propio Le Corbusier, quien viajó como invitado a Brasil exclusivamente para la ideación del mismo.

La breve pero intensa coincidencia espacio temporal entre ambos artistas, fue sólo el comienzo de una serie de influencias y admiraciones mutuas.

Debemos detenernos en esta relación, por su importancia en la historia de la arquitectura moderna, y por supuesto contemporánea.

Es tanto el talento de Niemeyer, que ya en la década de los 40, una vez asumida la lección racionalista, fue el primero en atreverse a negar dichos postulados previendo su futura y próxima consumición. Podríamos entender pues, que Niemeyer reinterpreta a Le Corbusier, pero añadiendo a su vertiente más plástica una sensibilidad “diferente”. Por ello, y tal como expresa el maestro francés, el racionalismo de Niemeyer, teniendo en cuenta las variantes del Estilo Internacional, se podría considerar barroco, por evocar la esencia más rompedora, a partir de la deformación de la línea recta.

Efectivamente fue en ese momento de combustión del racionalismo, cuando surgieron alternativas más encaminadas hacia las estructuras libres en creadores independientes como son Alvar Aalto o el propio Niemeyer.

Como hemos dicho, la influencia fue mutua, por ello qué mejor que las palabras de Ozenfant para describir lo que supuso para Le Corbusier la influencia carioca: “Le Corbusier, que durante años proclamó las virtudes del ángulo recto, pasó a pensar diferente, al seguir una talentosa arquitectura que venía del exterior”.

A partir de entonces Niemeyer desarrollará de manera más intrínseca un estilo cada vez más personal, cuyos inicios se observan muy bien en el Complejo Pampulha (Belo Horizonte, Minas Gerais) en 1940, cuya iglesia es destacada en la exposición, junto con el Palacio de la Alvorada que luego veremos, en un módulo específico e interconexo al eje vertebrador de la muestra.

Su estilo personal se basa en hacer una arquitectura “diferente y sorprendente”, características tomadas de afirmaciones del propio Baudelaire acerca del arte.

Es también en Pampulha donde se vislumbra el aprecio de Niemeyer por la ingeniería, y más concretamente por las posibilidades plásticas del hormigón armado denostado hasta entonces por no haber sido apreciado en su totalidad.

Tras la realización del complejo Pampulha, se comienzan a ver diferencias

estéticas en la propia obra de Niemeyer, con respecto a sus arquitecturas precedentes, más ligadas al espíritu racionalista; momento en que aprende a idear una arquitectura diferente, y ligada al significado de un país como Brasil que hasta entonces no había encontrado referente en la arquitectura.

Su estilo surge a partir del apego hacia su herramienta más personal, el hormigón armado, que le servirá para liberar al mundo de la tiranía del ángulo recto a favor de la curva como línea de la vida, y es que no podemos olvidar en ningún momento la insistente labor social presente a lo largo de la trayectoria del arquitecto, lo cual lleva consigo evidentemente un claro e intransigente trasfondo político.

Todo lo comentado en el Complejo de Pampulha, es aplicable al onírico proyecto de una nueva capital del país, a la que llamarán Brasilia. Proyecto avalado en todas sus vertientes por Juscelino Kubitschek, empezó siendo una bonita ensoñación para finalmente desvanecerse a la vez que hizo aguas el eje vertebrador del proyecto, que no era otro que la igualdad entre las clases sociales. Ello se vio contaminado el mismo día de su inauguración, en 1960, por la marcha en comitiva de políticos y empresarios.

Pese a ello, es en Brasilia donde Niemeyer, aburrido de hablar de arquitectura propone la máxima integración de las artes, entendiendo la propia ciudad en su vertiente arquitectónica y urbanística, como una obra de arte total. Y es que para Niemeyer “la vida es más importante que la arquitectura”, y no sólo la vida, sino la política, la familia y los amigos.

Consciente de la importancia de la estructura en la arquitectura, edificios de esta ciudad como el Congreso Nacional, el Palacio de Planalto, o el Palacio de la Alvorada, son testigos experimentales de cómo Niemeyer llevó sus postulados tectónicos a su máxima consecuencia mediante la invención de una columna “diferente”, que a menudo ondea a ritmos y alturas “diferentes”, como si de una composición musical se tratase, y es que al fin y al cabo recordemos que sus obras suponen una obra de arte al completo.

Todas las características que apreciamos en cada una de las etapas vistas hasta ahora, suponen un suma y sigue en el curso del arquitecto; una constante a lo largo de toda su obra futura.

Siguiendo el orden cronológico llevado hasta el momento, entramos de lleno en la década de los 60, en la que la revolución brasileña obliga a Niemeyer a decantarse por el exilio si quería seguir creando formas libres.

Con el dolor propio del abandono de la patria, Niemeyer emprendió un viaje que se extendería a lo largo de veinte años, y en el que fuera de todo pronóstico consiguió hacerse hueco como uno de los arquitectos más importantes y valorados, hueco que aún conserva hoy día a sus ciento dos años, gracias a su innovación. Y es que ya lo dijo Le Corbusier: “La arquitectura es invención”.



crítica de exposición

De su trabajo en Argelia destacamos la Universidad Constantina (Argel, 1968), proyecto seleccionado en la exposición junto con la Sede del Partido Comunista en París, como obras clave fuera de Brasil, y que bien merecen un anexo específico en la muestra.

De entre los proyectos abordados en Europa, destacamos su labor en Francia, donde Charles de Gaulle le concedió total libertad creativa. Y así lo demostró en la Sede del Partido Comunista (París, 1965), que destacamos por sus connotaciones eminentemente políticas, teniendo en cuenta la importancia que Niemeyer concedía a esta dimensión.

Las palabras que escribimos a continuación, pronunciadas por Niemeyer en su etapa europea, son bastante esclarecedoras para entender el trascendentalismo del artista con respecto a la arquitectura brasileña:

“vosotros lo europeos vivís circulando entre monumentos, y nosotros somos libres para hacer de hoy el pasado de mañana”.

Afortunadamente para él, a finales de la década de los 80 se inicia el proceso de redemocratización en Brasil, y el esperado regreso a su estudio en la Avda. Atlántica en Río de Janeiro se convirtió en realidad.

Mientras paseamos por la sala de exposición, siguiendo el orden llevado hasta el momento, nos sorprende una proyección donde se muestran los proyectos concebidos en los últimos años, desarrollados mediante procesos digitales llevados a cabo por su colaborador Jair Valera.

Dentro de su arquitectura más actual, no podemos dejar de citar los escasos, pero efectivos monumentos de protesta que realizó, además del Sambódromo y el Centro integrado de educación pública (Río de Janeiro, 1984). Éste último supone una importante labor social debido a la creación de escuelas integradas en los bajos del Sambódromo, siendo un gran ejemplo de aprovechamiento de la estructura en el edificio.

De estos proyectos recientes, los cuales refuerzan aún más si cabe la trayectoria de Niemeyer, se exponen dibujos originales en los que se muestra el proceso de creación, ilustrando a su vez las fases de concepción de obras como el Museo de Arte Contemporáneo de Niterói (1996), el Museo Oscar Niemeyer (Curitiba, Paraná, 2001), o el Auditorio de Ibirapuera (São Paulo, 2002).

De entre todos ellos, el Museo de Arte Contemporáneo de Niterói supone un hito en su propia arquitectura. No hay más que describir el modo en que surgió la idea del edificio, “como una flor”. Efectivamente emergió de la mente del artista tan rápido como el instante que duró la plasmación de la idea en el papel de la mesa de un restaurante.

De este edificio, el más apreciado por Niemeyer, se podrían destacar muchos aspectos, pero recalcamos el uso de la rampa como elemento funcionalmente transportador del visitante, que tanto recuerda a los paseos arquitectónicos proyectados



crítica de exposición

por Le Corbusier, solo que en este caso se llena de color.

Una vez finalizado el recorrido cronológico por la obra de Niemeyer, nos centraremos en dos módulos independientes, pero a su vez relacionados con el espíritu de la muestra.

En primer lugar, “La colección Niemeyer. Marcel Gautherot”, es un espacio donde se recogen las fotografías más apreciadas por Niemeyer de todas las que el artista francés Marcel Gautherot ha recopilado a lo largo de su carrera, y es en ellas donde observamos cómo la representación del objeto alcanza en sí misma el grado de obra de arte.

Por último, en el bloque “Vida y Arquitectura”, se recalcan los elementos más característicos del artista que hemos conocido a lo largo de la exposición. Su compromiso por la igualdad social se llevará a cabo a partir de la belleza de las formas.

Y ya que hablamos de belleza, cabe destacar brevemente la importancia de la mujer en su obra, ya que para Niemeyer las curvas femeninas protagonizan superlativamente sus proyectos, los cuales se pueden hacer realidad gracias al hormigón armado.

Su postulado más evidente en sus arquitecturas, se resume en estas palabras:

“No es el ángulo recto lo que me atrae, ni la línea recta, dura, inflexible creada por el hombre. Lo que me atrae es la curva libre y sensual, la curva que encuentro en las montañas de mi país, en el curso sinuoso de sus ríos, en las olas del mar, en las nubes del cielo, en el cuerpo de mi mujer favorita. De curvas está hecho todo el Universo, el Universo curvo de Einstein”.

Por lo tanto, valoramos esta muestra de una forma positiva por la maestría y elocuencia que reina en ella, a partir de la cual toda la exposición se ve envuelta en ese halo tan misterioso como sencillo que impregna al propio Oscar Niemeyer.

No dejemos de valorar positivamente, el fantástico aprovechamiento del espacio de la sala de exhibición, que como si del interior de una propia arquitectura de Niemeyer se tratase, nos facilita nuestro paseo a través de este maravilloso universo del arquitecto.

Los diferentes colores y texturas que invaden los planos verticales de la sala, nos incitan a pensar que detrás de ello se esconde toda una simbología, y es que no debemos olvidar que Niemeyer es especialista en crear formas originales que acaban convirtiéndose en iconos, iconos que en este caso rememoran la esencia de su país, sin dejar nunca de lado ese espíritu romántico que le caracteriza.

Es tal el talento de nuestro arquitecto, que incluso siendo agnóstico en materia religiosa, tiene la absoluta capacidad de mimetizarse con el creyente para resolver así sus necesidades espirituales. Resulta impresionante cómo consigue desarrollar una empatía tan acusada con respecto a algo en lo que sencillamente no cree, y es que Niemeyer es en sí mismo pura invención, pura sorpresa, como sus arquitecturas.



crítica de exposición

En definitiva, ese es el espíritu que envuelve lo que hemos denominado el universo Niemeyer, un universo en el que la forma se poetiza y se convierte en un recurso presente a lo largo de toda su trayectoria.

Terminaremos estas líneas, haciendo alusión a lo que es la vida para Niemeyer. En ella hay que llorar y reír; saber aprovechar los momentos de tranquilidad y de diversión. Uno sólo tiene que mirar al cielo y sentir que es pequeño para ser modesto; ver que nada es importante... y es que al fin y al cabo, "la vida es un soplo, ¿no?, un minuto, no hay razón para todo ese odio".